

CONTRIBUCIONES A LA HISTORIA DE LAS
CIENCIAS BIOLOGICAS EN MEXICO

IV

JOSE MARIANO MOCIÑO

BIOGRAFIA BREVE

Por *SILVIO IBARRA CABRERA*,
del Instituto de Biología

FUE de los hombres que piensan y luchan, que aran y siembran, con la vista fija en el porvenir, y así, su paso por la vida es constante, eterno, porque acompaña a todas las buenas disposiciones en el incesante andar por el camino de las realizaciones. Su obra es grandeza pasada que satisface y estimula al presente, vibra y palpita con más pujanza de la que él mismo le concediera para su época en sí.

Nace en Temascaltepec, Estado de México, el año de 1757. Siendo adolescente estudia en el Seminario Tridentino de México pensando seguir el estado eclesiástico, sobresale por su extraordinaria inteligencia aludiendo a la cual dice Beristáin: "habría sido singular en todas las ciencias si como emprendió el estudio de todas, hubiera seguido cultivándolas". Conoce por esa época a la joven María Rita Rivera, se prenda de ella y por su amor abandona las aulas hasta que, dice el Obispo Omaña, "el descaminado adolescente, sin abrigo ni otro arrimo que su gran talento y buenas letras", desilusionado, váse a la Ciudad de Oaxaca y allí obtiene en propiedad la cátedra de Filosofía y es designado profesor de Historia, Teología y Moral. Después de siete años regresa a México, colabora con el padre Alzate en la "Gaceta de Literatura" combatiendo al escolasticismo monacal con escritos serios y "punzantes epigramas que le inspiraba su carácter festivo", epigramas que más tarde alabó mucho el célebre don Casimiro Gómez de Ortega, diciendo que los vaciaba y que nunca necesitaban de lima. Se dedicó al estudio de la Medicina y de las Ciencias Naturales, fué discípulo del botánico don Vicente Cervantes y su examen público, comentado en la "Gazeta de Madrid", del 2 de marzo de 1790, valió a Mociño el puesto de "disecador de animales" en la Expedición de Histo-

ria Natural enviada a la Nueva España por el Rey Carlos III y que encabezaba el doctor don Martín Sessé.

Desde entonces consagró su vida a la empresa de formar la primera colección científica de los vegetales de México, viajó extendiendo sus correrías hasta Guatemala, cuya flora escribió él solo; recorrió la región occidental del Virreinato hasta la Sierra de Tarahumara, en Sonora; visitó el volcán del Jorullo y se dice que sobre el cráter compuso una hermosa elegía en versos latinos; en septiembre de 1793, y por encargo del Virrey, exploró el volcán de San Andrés Tuxtla que había hecho erupción meses antes, su informe es una interesante descripción de un volcán en actividad, suprime explicaciones supersticiosas y dice: "la gente vulgar ve siempre como efecto sobrenatural de la indignación divina todos los fenómenos extraordinarios de la naturaleza" e investiga con datos científicos las causas naturales del fenómeno. Al reorganizarse la Expedición en 1795, parte con Sessé y Maldonado a recorrer las provincias de Nueva España, que no habían sido visitadas, recorren más de 3,000 leguas y atraviesan las Californias hasta Nutka.

Terminadas las exploraciones estudia las propiedades medicinales de las plantas recogidas diciendo: "para que pueda México gloriarse de tener su materia médica propia, compuesta sólo de los remedios de virtud indisputable", comentando: "¿qué vergüenza no será para un facultativo el hallarse no sólo distante de poder subrogar unas especies por otras, sino también de conocer en sí mismas las que receta con tanta satisfacción? Esto sería lo mismo que abonar para cajero de una casa o administrador de una hacienda a un hombre que no conociéramos, y de quien no tuviéramos más noticia que el que se llamara Isidro, acordándonos que labrador madrileño de este nombre había sido un gran santo". Y continúa: "La expedición botánica de Nueva España tiene un larguísimo catálogo de plantas con que llenar todos los artículos de cualquiera materia médica; pero quieren hacerlo sus individuos, no como unos meros compiladores, sino como unos observadores exactos que se contentan con dejar a la posteridad los resultados fieles de quince o veinte plantas bien examinadas, y no la broza inútil e indigesta, de que sin crítica ni juicio alguno recargaron sus materias médicas nuestros antepasados, llenando al vulgo de una multitud de necedades, que acaso un siglo entero de filosofía no será capaz de desarraigar".

Interesantes son también sus conceptos emitidos en una carta dirigida al padre Alzate y en la cual propugnaba por la introducción de camellos en la Nueva España, le dice: "Su genio de usted, mil veces explicado a favor de los establecimientos útiles, me hace esperar que extienda las ideas de éste de un modo capaz de persuadirlas eficazmente, como ha sabido hacerlo sobre otros puntos, que han surtido en muchas partes buen efecto. Ya sé que se han de burlar de nuestros pensamientos aquellos cuyo entendimiento es tan corto de vista, que no alcanza a observar lo que será el mundo de aquí o veinte o sesenta años; pero sus burlas no deben causarnos ni enfado ni cobardía. Viva el hombre, no tenga hambre, vístase y tenga en qué trabajar, y en cambio quisiera yo ser escarnio de la plebe y reputado por un extravagante de los mayores. (Sucede así efectivamente: por tanto cualquiera que se dedique a escribir al público necesita de armarse de paciencia y despreciar las murmuraciones, así de sus enemigos como también de aquellos que sin ser enemigos, llevados de un espíritu de contradicción, censuran cuanto no piensan. Yo, por lo menos, desde que formé la resolución de trabajar en la *Gazeta de Literatura*, procuré al mismo tiempo revestirme de constancia y sufrimiento, bien entendido de que las murmuraciones de una parte de mis conciudadanos no me dispensaban de la obligación de coadyuvar con mis cortas luces al bien de la otra)".

Extensísima fue la región explorada por la Expedición, comprendió desde Punta Arenas, en Costa Rica, hasta Nutka, en los confines septentrionales de las posesiones españolas, y de esta exploración surgió la abundante cosecha que descrita y ordenada formó la obra "*Plantae Novae Hispaniae*", además de valiosas colecciones zoológicas y de minerales, y con la esperanza de ver publicados los frutos de esos ocho años de asiduo trabajo, partió Mociño para España acompañando al doctor Sessé.

Al dejar su patria ¿llevaría el sabio naturalista la certidumbre de ausencia eterna?

La situación había cambiado en España, al ilustre monarca Carlos III, sucedió un gobierno al cual no alcanzaban las rentas públicas a cubrir sus derroches, y Mociño y Sessé encontraron fría acogida y ninguna ayuda para la impresión de sus obras. Esperando verla realizada algún día, Mociño renunció a su holgada posición en México, "en donde disfrutaba algunos créditos lucrativos en la práctica de la medicina", y se resignó

a vivir con pensión mezquina que el gobierno español le daba y a gozar de la hospitalidad de su leal compañero el doctor Sessé hasta la muerte de éste en 1809. Fué nombrado Director del Gabinete de Historia Natural y allí dió cátedra de Zoología y clasificó, en compañía de otro ilustre mexicano: don Pablo de la Llave, las colecciones de animales. Ejerció la medicina con gran desinterés, "sólo curaba a los pobres; y no obstante de padecer de reumas y ser muy crudos los inviernos de Madrid, a pesar de ello, en siendo miserable el que lo necesitaba, salía inmediatamente a socorrerlo".

Al invadir España los franceses y siendo él Presidente de la Real Academia Médica de Madrid, se opuso tenazmente a entregar la presidencia. "No quise admitir por presidente a Mr. Parrois, primer médico de José Napoleón, y por el contrario, hice gestiones para que esta dignidad no se confiriese indistintamente a un profesor ignorante que, por capricho del príncipe, podía estar encargado de su persona". Fué llevado a la cárcel y al retirarse el ejército francés de Madrid, sacado en cuerda. "Es también notorio el tratamiento vilipendioso que recibí en este caso: el jefe de la academia médica, pasando de cárcel en cárcel, hubo de salir el primero atado con una cuerda como un facineroso, viejo, con poca salud y con menor fortuna, a un destino incógnito, que era lo mismo que sentenciarme a muerte, sin haberme hecho cargos ni haber oído mis descargos". A la entrada de Castilla la Vieja, esta ilustre cuerda, formada de personas distinguidas, fué puesta en libertad. Vuelve Mociño al Gabinete y en la siguiente retirada de los franceses, queriendo salvar sus manuscritos, herbario, dibujos y los efectos más preciosos del Gabinete, llevábalos en un carro, dormía en el, seguía a pie de día. Y así pudo salvar aquel tesoro, tesoro de ciencia, de abnegación y de ética, en el cual él había puesto algo del corazón y mucho de la cabeza y que era más amado para él que vida y bienes.

No pudo ya volver a España. "Este escarmiento me hizo refugiarme en Francia, abandonándome hasta el extremo de la mendicidad, que no ha llegado todavía, porque la generosidad de algunos amigos alemanes y franceses me ha suministrado hasta cierto tiempo una cantidad mediocre, pero suficiente para comer frugalmente y pagar la estrecha celda en que vivo. He procurado traer conmigo los dibujos que deben pertenecer a la historia de Sessé y míos *raptos ex hoste penates*, porque temí perder

esta propiedad, que no es enteramente mía, cuando volviesen los revoltosos a ocupar esa capital". Esas contrariedades lo adensan en ternura infinita, en impulso meditativo, que es lo mismo decir: en dolor. "Me hallo cerca del sepulcro; en vano se lisonjea a un médico filósofo con esperanzas frustráneas: puedo salir de este equinoccio, pero desconfío del que se debe seguir, y crecerá mi desconfianza para el otro: estoy en el noveno septenario de mi vida: los que me conozcan estarán seguros de que sé medianamente calcular, y así no creerán que mis expresiones son hipocóndricas, y sí dictadas por una razón que lleva más de cincuenta años de ser reflexionada".

Pasa bastante tiempo en Montpellier y traba allí amistad con el famoso De Candolle. Asiste de incógnito a la cátedra de este botánico y cierta vez que hizo un gran elogio de Mociño, ignorando tenerlo entre sus oyentes, al indicársele que estaba presente, lo abraza efusivamente y lo sienta en su lugar, y Mociño, el anciano inexorable en la Academia Médica, sin poder articular palabra, llora trémulo de emoción. Con la ayuda de De Candolle se ocupa en poner los nombres botánicos a las nuevas especies vegetales de su herbario y al retirarse De Candolle a Ginebra, le entrega su tesoro con estas palabras: "No, yo estoy demasiado viejo y enfermo; yo soy demasiado desgraciado; llevadlos a Ginebra, yo os los doy y os confío para el porvenir el cuidado de mi gloria". Inmodestia, no, justa apreciación del propio valer, pero sobre todo de la trascendente obra.

En los comienzos de 1817 se le concede permiso para regresar a España, pide a De Candolle con urgencia la devolución de sus manuscritos y dibujos. Famosa y conocida es la manera como aquel botánico logró obtener en unas cuantos días las copias de los dibujos que tenía en guarda, dice él mismo: "cerca de ciento veinte personas vinieron voluntariamente a ofrecermé su tiempo y sus pinceles; la mayor parte eran señoras de la mejor sociedad; pero también había artistas y multitud de personas que me eran desconocidas. Las jóvenes se reunían para trabajar en común. La ciudad entera se ocupó durante diez días y el celo de todas las personas que sabían manejar un pincel o un lápiz era realmente conmovedor... Debido a este celo quedó casi copiada la colección de Mociño en el plazo fijado".

Regresa Mociño a España, desembarca en Barcelona y allí llega el fin que hacía tiempo presentía. Metido en la estrechez

de su cuarto alarga nostálgicamente los tristes ojos por el azul magnífico del mar Mediterráneo, por el cual él navegara, viniendo de México, con una opulenta carga que la tierra piadosa y sumisa le había dado. Anhelante la mirada cree ver, como en una lontananza deseada: la patria ausente, a la que nunca volvió; pero México estaba muy lejos y su dolor estaba con él, dentro de esas paredes y dentro de ellas lo ataba. Murió el 12 de junio de 1819.

Y sobre sus esperanzas, pasó el tiempo.

BIBLIOGRAFIA

- LEÓN, NICOLÁS.—Biblioteca Botánico-Mexicana. pp. 189 y 326. México. 1895.
- LLAVE, PABLO DE LA.—Descripción de algunos géneros y especies nuevas de vegetales. La Naturaleza. T. VII. Apéndice p. 68. México. 1884.
- MOCIÑO, JOSÉ MARIANO.—Discurso en la apertura de las clases de Botánica en México. op. cit. p. 39.
- RAMÍREZ, RICARDO.—Reseña de la Expedición de Historia Natural. Flora Mexicana. Sessé et Mociño. Editio secunda. México. 1894.